

La Estructuración Paranoica Del Yo Y Su Relación Con La Constitución Subjetiva

Guzmán, María Verónica; Yosifides, Aris; Roitman, Debora; Ortega, Facundo; Olivero, Magali; Sanchez, Gisela; Salvucci, Matias; Vionnet, Josefina; Conejero, Paula; Bertone, Rocio; Vargas, Virginia.¹

¹ Universidad Nacional De Córdoba.

Palabras claves

PARANOIA

YO

CONSTITUCIÓN SUBJETIVA

ALIENACIÓN-SEPARACIÓN

Información de Contacto

mvgdomingo@yahoo.com.ar

Resumen

Introducción: El presente trabajo se enmarca en la investigación en curso correspondiente al proyecto SeCyT El problema del desencadenamiento paranoico en las diferentes estructuras clínicas. El mismo parte del interrogante sobre la relación entre la constitución subjetiva y la estructuración paranoica del yo. Se toman como ejes de análisis las coordenadas planteadas por Lacan denominadas alienación y separación; y se pretende aportar a una mirada clínica con dirección hacia la ética del deseo. Objetivos: 1- Articular la noción de estructuración paranoica del yo con la constitución subjetiva desde una perspectiva psicoanalítica lacaniana. 2- Describir el proceso de estructuración paranoica del yo. 3- Analizar la constitución subjetiva y su relación con el deseo a partir de los operadores lógicos de alienación y separación. Metodología: El diseño es un estudio teórico clásico, exploratorio de tinte cualitativo. Resultados/Contribuciones: El primer tiempo de la alienación supone una operatoria paranoica dentro de la constitución subjetiva, en la que un punto de lo propio es entendido como ajeno. En otras palabras, podría afirmarse que sin paranoia no hay constitución del yo. Suponer la introducción de la separación en tanto que aparición del deseo requiere entonces de un punto intermedio en el abordaje clínico donde la paranoia tendería a aparecer como punto necesario. Queda planteada la pregunta de qué relación habrá entre esta noción de constitución paranoica y las diversas posiciones subjetivas.



1. Introducción

1.1. Significante y signo

En *La cosa freudiana*, Lacan (1955) distingue una sociedad fundada sobre el lenguaje de una sociedad animal. La distinción se sostiene en el hecho de que la sociedad animal está caracterizada por intercambios cuyo fundamento es que estos se centran en la necesidad. Con esto introduce la idea de que una sociedad fundada sobre el lenguaje no es únicamente una sociedad fundada sobre la necesidad.

Y Lacan formula esta distinción después de haber diferenciado dos niveles: la red del significante y la del significado. ¿Qué quiere decir? Esto pone en evidencia que el lenguaje produce signos y significaciones. Ahora bien, lo que caracteriza la significación es que envía siempre a otra significación. Es esta característica de la significación la que conduce a Lacan a situar la diferencia entre significante y signo. Entonces, en cuanto se está en el lenguaje no sólo se evoca la sociedad fundada sobre él, sino que se está en el registro de los significantes y, por consecuencia, en la dimensión del equívoco. Lo que no hace equívoco es siempre el signo, en el sentido de que el signo es siempre de algo. Con él no hay equívocidad.

Es esta la razón por la cual Lacan (1955) vuelve a la fórmula tan conocida, ya utilizada por Freud en la serie de conferencias que pronunció en 1932: *Wo es war, soll Ich werden*. Para esta fórmula Lacan propone una traducción más precisa que aquella que circulaba en la época: *Allí donde eso era, yo debo advenir*, con lo cual designa al sujeto verdadero del inconsciente, el ello, distinto del yo, definido a su vez a partir de un único núcleo de identificaciones alienantes. Dicho de otra manera, *Wo es war*, allí donde eso era, que reenvía a la noción del ser, al lugar del ser, el Yo debe advenir, o bien, manifestarse. Se evoca esto principalmente para señalar la necesidad de diferenciar al sujeto del yo, lo que aparece claramente distinguido en el concepto, en la definición, puesto que el sujeto concierne al ser y el yo concierne a las identificaciones.

Incluso más, el yo es la serie de las identificaciones alienantes que constituyen el obstáculo para el acceso al ser. Como puede verse, esta formulación de la cual se sirve Lacan para cernir el estatuto del sujeto, objeta radicalmente la traducción propuesta “el yo debe desalojar al ello”. En la traducción sugerida por Lacan hay una dimensión de deber ético, hay un “donde eso era es mi deber que yo venga al ser”. Dicho de otra manera, se trata cada vez, en cada cura analítica, de distinguir la manera como el yo viene a recubrir el ser del sujeto, entonces, cada vez es particular.

1.2 Constitución del yo

A partir de esto es necesario retener una equivalencia entre identificación alienante y constitución del yo. Un texto donde Lacan prolonga esta cuestión, puesto que se trata de la misma idea tomada de otra manera, es en *El psicoanálisis y su enseñanza*. Allí cuestiona frontalmente la idea de que un análisis consiste en ir de un yo débil a un yo fuerte. ¿Por qué? Lo que cuestiona es la idea de que el yo del neurótico sea un yo débil. En otras palabras, Lacan (1957) objeta la

finalidad de un análisis planteado en términos del reforzamiento del yo. Precisamente porque no es ese trazo, el trazo de debilidad del yo, lo que caracteriza la neurosis. Por esta razón Lacan denuncia la idea de un yo débil y la dirección hacia un yo fuerte, y considera que se trata más bien de una inversión. Lo que él propone es ir a contrasentido, con lo cual introduce una nueva opción en el psicoanálisis que es, justamente, partir de la idea de que el yo está constituido por identificaciones alienantes.

1.3. Identificación alienante y la ética del deseo

Si se produce el refuerzo de esas identificaciones alienantes, la única cosa que se va a lograr es reforzar la alienación. Se constata entonces que la clínica analítica no puede ser disociada de una ética del deseo, que le permitiría al sujeto no solamente la realización del deseo, sino, sobre todo, y este es el horizonte para Lacan, que el deseo sea soltado de toda forma de alienación. Se puede notar que lo que así precisa es la idea de un deseo auténtico. ¿Por qué se requiere la precisión de un deseo auténtico en vez de hablar simplemente de un deseo? Porque estructuralmente, es decir, en su constitución, lo que define al deseo es que es una alienación, y es esto lo que se encuentra por todas partes en la formulación de Lacan, que nunca modifica: “el deseo del hombre es el deseo del Otro”.

Plantea una condición según la cual no hay deseo para un sujeto si no ha habido antes un deseo del Otro. Se puede considerar que esto es una necesidad. Y puesto que se habla de lazo, esto introduce la idea de que hay un lazo necesario que precede a la constitución del sujeto. Es el lazo que le viene del Otro. Si se admite la idea de que el deseo es el deseo del Otro, es perfectamente lógico suponer que antes del sujeto hay la existencia del Otro. Digamos lo siguiente: todo deseo supone a la base un deseo previo; se podría incluso decirse que no hay sujeto del deseo sin Otro.

Lacan al utilizar el término de inversión, es justamente para esclarecer la distinción entre el deseo del fin de análisis y el deseo de partida. De esto se desprende la idea de que las identificaciones son constitutivas del deseo del sujeto, por lo tanto, producen el deseo, están a la base de un deseo; este deseo tiene una especificidad, la de ser un deseo de...

De esto se puede deducir en la dirección de la cura que Lacan propone lógicamente: es en la medida en que las identificaciones caen, que una vía se abre para el acceso a un nuevo deseo, a un deseo que esta vez no sea un deseo de alienación.

Lacan señala cuáles serían las condiciones para evitar lo que llamó los *impasses* del deseo y, en esta perspectiva, plantea la necesidad de considerar el estatuto del Otro. De un modo preciso indica la fórmula del Otro: “el Otro es el garante de la buena fe” (Lacan, 1962-63; p. 27). Pero ¿qué quiere decir, en el fondo, garantizar la buena fe? Garantizar la buena fe es otorgar la garantía de que uno puede ponerse de acuerdo simplemente sobre una frase. Dicho de otra manera, garantizar la buena fe es un pacto de palabra. Un pacto de palabra es lo que se hace entre dos sujetos, por ejemplo, pero sobre la base del consentimiento de cada uno, un consentimiento

que no es solamente en relación con el otro sujeto, sino en relación con lo que la palabra quiere decir.

1.4. El lazo con el Otro

El lazo con el Otro es lo que aparece rápidamente. Se puede entender qué quiere decir que alguien objete el marco: planteando una objeción al marco simbólico se hace una objeción al lazo. Ahora bien, esta objeción al lazo no encuentra su raíz en el hecho de que haya un desacuerdo sobre la significación: todo el mundo comprende que enero es enero. De lo que se trata es del orden de una imposibilidad: cuando no hay Otro, cuando no hay el Otro que garantiza el pacto de palabra, el pacto de palabra no puede cumplirse. Entonces, no es solamente una ruptura del lazo, es la ruptura del lazo con el Otro.

Es en esa medida que el lazo con el pequeño otro se complica. Este es, sin duda, un contraejemplo de lo que se planteó previamente, a partir de la idea de que la condición del sujeto es el Otro, el Otro con mayúscula. Se podría decir que si la condición del lazo es la existencia del gran Otro, el gran Otro asegura el lazo entre los semejantes. El lazo entre semejantes tiene por causa, entonces, un consentimiento, el consentimiento del gran Otro. El término consentimiento es un término del que se vale Lacan para referirse a que hay una parte del sujeto en la responsabilidad que le toca, es decir, en su posición. El consentimiento hace alusión al sujeto que se posiciona en consentir al gran Otro, esto implica una elección inconsciente, es la elección inconsciente de adherir a la existencia que funda la garantía.

O sea, para Lacan la problemática es que hay un insondable, un imposible; la imposibilidad de decir las razones por la que hacen que un sujeto admita, consienta la existencia del Otro, y que haya sujetos que, en cambio, no consienten como es el caso de los esquizofrénicos. Esta es una cuestión central del psicoanálisis, pues este se funda sobre el sujeto capaz de consentir. No hay que confundir consentimiento con obediencia. Tampoco es consentir al analista. Es consentir la existencia del Otro, con mayúscula, como condición de un pacto de palabra.

1.5. El desgarramiento

En *Los complejos familiares* Lacan presenta la idea según la cual es necesario demostrar que en la cuestión de la causalidad, no se trata de una causalidad biológica. Lacan se basa en uno de sus apoyos que el momento de emergencia de la psicosis, uno de sus signos, que es lo que llama el “desgarramiento inefable” (Lacan, 1938; p. 72), que es un desgarramiento conectado con la sexualidad. Esto prepara la idea de una irrupción de algo que no está en el programa. Es un desgarramiento inefable, un punto de ruptura, y no hay significativo que pueda explicarlo.

Lacan conecta este desgarramiento con la sexualidad. Lo que aquí se traduce por estancamiento, en la versión aparecida en *Otros escritos*, se dice en términos de “tara de la dialéctica de las sublimaciones” para mostrar la prevalencia de los desencadenamientos de



psicosis en el momento del encuentro sexual. Sería el desencadenamiento de la psicosis en el momento del encuentro sexual.

Este es, para él, uno de los signos que apoyan la idea de que no se trata de una cuestión biológica, sino de lo que en la época designa una “anomalía familiar”. Es el nombre que Lacan da por entonces a lo que sería el Otro del discurso, el Otro que orienta un discurso. Según los términos de la época, las relaciones familiares determinan las atipias que se traducen, para el caso de la psicosis, en desgarramiento; para el caso de la neurosis, en síntoma.

1.6. El estadio del espejo

Tratándose del desgarramiento, es necesario observar que es el término con el que Lacan (¿?) designa la experiencia original y constitutiva del sujeto en su lazo con el Otro, la experiencia primaria constitutiva del estadio en el espejo, en la que hay un desgarramiento pasado por una identificación. Se percibe que la cuestión de la identificación para Lacan está presente muy pronto como ortopédica, como solución. Ahí donde algo del velo se desgarrar, aparece una solución: la identificación. Es la tesis que Lacan defiende en *El estadio en el espejo*, cuya primera versión data de 1936, la que retoma en *Los complejos familiares* de 1938 y, luego, en *El estadio en el espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*, en 1949.

Durante diez años Lacan se ha centrado en la idea de un desgarramiento primario constitutivo del sujeto, de una identificación que compensa y luego, en el caso de la psicosis, de un redoblamiento del desgarramiento, es decir, de algo que de nuevo hace eclosión en el desgarramiento original. Se puede decir que el desencadenamiento de la psicosis implica una vacilación de las identificaciones. Se comprende por qué Lacan hace referencia al estadio del espejo en *Los complejos familiares*: el estadio del espejo es una identificación. Dicho de otro modo, en el estadio del espejo hay una transformación, cuya consecuencia será lo que Lacan (1949) llama la asunción jubilatoria de la imagen especular.

Así, con el término “asunción” se está en la dimensión de una elección del sujeto, de un sujeto que toma posición con relación a un fenómeno: hay asunción. En el texto situado entre 1938 y 1949, Lacan se refiere a esa experiencia de la asunción jubilatoria y utiliza los términos en referencia a una “matriz simbólica”. Aquí no hay aún la categoría del significante, no hay aún la estructura simbólica y, sin embargo, él se expresa en términos de estructura. En efecto, evocar una matriz simbólica quiere decir que existe el soporte sobre el cual se vendrán a apoyar todas las experiencias del sujeto. Lacan distingue matriz simbólica y dialéctica de la identificación con el otro. Refiriéndose explícitamente a esa matriz simbólica, sostiene que es la situación “en la que el yo [je] se precipita en una forma primordial” (Lacan, 1949; p. 100). Sobre el yo como “forma primordial”, Lacan va a decir qué es lo que aporta la base, la estructuración. Eso se precipita y permanece como estructura. Se tratará de una constitución situada necesariamente en la relación con el otro, y que esta matriz es la que va a guiar todos los efectos que se observan a nivel imaginario. Ahora, los efectos en lo imaginario constituyen lo que Lacan llama la “dialéctica de las



identificaciones”. O sea, hay un punto fijo que es la matriz simbólica y un punto susceptible de evolucionar.

Este último es la serie de las identificaciones, pero a condición de que exista ese punto fijo. Se entiende cómo se construye el yo [je], lo que, en adelante, será el sujeto, el yo [je] que Lacan llama la “fuente de las identificaciones secundarias” del sujeto, punto de apoyo, pivote de las identificaciones secundarias. Y esas identificaciones secundarias son designadas por Lacan como base de una identidad alienante. Una identidad alienante resulta de lo que procura una identificación, y lo que la identificación procura es una identidad, es decir, eso que permite definirse: “yo soy esto”, sí, pero a partir del Otro, de donde se trata, forzosamente, de una identidad de alienación, con una “armadura ortopédica” que permite sostenerse en la existencia. Y cuando Lacan dice ortopédica, designa aquello que compensa la prematuración biológica del nacimiento.

1.7. La alienación es paranoica

Lacan formula que la alienación es paranoica, en relación con un punto preciso: “la alienación paranoica que data del viraje del yo [je] especular al yo [je] social”. Si bien el término ‘viraje’ es el índice preciso de que el sujeto se constituye a partir del deseo del Otro, hay una dimensión constitutiva del yo a partir del semejante, es decir, a partir de pequeños otros. Esto se pone en evidencia en las relaciones imaginarias. En el fenómeno de la pasión aparece cuando el sujeto ve en el otro a alguien como él mismo, lo que está en la base de la agresividad, de eso que Lacan llama, con Hegel, “la lucha por el prestigio”. Es este lado lo que podría resumir en esta frase: “quítate tú de ahí, que yo me pongo”. Es la relación especular. Se comprende por qué Lacan evocó la psicosis, en términos de estancamiento de la sublimación. Son los términos que utilizó para decir que si hay un fracaso simbólico (lo que reenvía a la sublimación), el sujeto está dispuesto al intercambio imaginario con el otro. Es esta la relación: “o tú, o yo”, es decir, una relación con el otro sin el soporte de algo que pudiera pacificar.

1.8. ¿Qué es lo que significa la alienación paranoica?

El yo es algo que siempre se constituye a partir del otro, que retoma la imagen del otro. El yo es la sede de las identificaciones, por tanto, forzosamente, el yo es el otro. Esta es la razón por la cual, incluso los propósitos más desinteresados en relación con los otros, comportan siempre una dimensión de agresividad. Es lo que Lacan percibió muy tempranamente: que todo sentimiento altruista comporta una dimensión de *impasse* porque se sitúa a nivel de la relación de yo a yo. Ahora bien, Lacan abandona el término de estancamiento y lo que pone en su lugar es el de ‘inercia’. Y evoca “la inercia” para definir la neurosis pero, entonces, una distinción se impone. La inercia en la neurosis es relativa a lo imaginario e indica un déficit de movilidad. El término freudiano de ‘fijación’ lo muestra muy bien. En la teoría freudiana, la inercia imaginaria es la incapacidad de desplazar la libido de un objeto al otro. Freud (1914) comprende a la libido como la

energía de la pulsión sexual, que bien puede posicionarse en el yo, o bien puede investir objetos, y quedarse ahí adherida, fijada, en alguna modalidad de satisfacción particular. No es menor aclarar que Lacan (1956-57) ubica tanto a la satisfacción como a la libido en el registro de lo imaginario. Pero Freud se sirve de otra dimensión cuando habla de la viscosidad de la libido. Entonces, 'fijación', 'viscosidad', 'inercia', son todos términos que conciernen a lo imaginario y prefiguran una idea de Lacan que concierne al ser humano. Existe un "pegamiento" fundamental en el ser humano: es un pegamiento imaginario que toma, en la neurosis, la forma de una captación, de una fascinación ejercida por la imagen del otro que produce, como el término de inercia lo sugiere, una suerte de inmovilidad, de "pasivización". Esto puede tomar distintas formas: ser absorbido por el cuerpo del otro, por ejemplo, o ser absorbido por una idea. De cualquier modo, ser capturado, absorbido al punto de captar completamente la acción del sujeto. Desgarramiento imaginario en la neurosis, pero hay un desgarramiento en la psicosis que es necesario distinguir. Podría decirse de manera general, que el desgarramiento imaginario aparece cuando lo imaginario se hace prevalente en la relación con el otro. Es importante anotar, sin embargo, que esto no implica siempre la adopción de una posición pasiva.

En consecuencia, se puede pensar que nuestra época ha logrado, con éxito, producir el matrimonio entre un discurso que dice qué hay que hacer y cómo, y una operación necesaria a la constitución del sujeto. Ese discurso vehiculiza como mensaje la idea de que la imagen debe ser fundamental y debe primar sobre toda otra cosa. Es lo propio del discurso capitalista, el cual promueve que la imagen pueda ser suficiente y se convierta en el sostén de la existencia de un sujeto. Lo que justifica el término de matrimonio es que la constitución de un sujeto requiere, en efecto, en un primer tiempo, del paso por la imagen del Otro. Esa es la base de lo que, según sostenía Lacan, era la alienación en relación con el otro, a partir de la cual el sujeto se constituye.

1.9. El yo paranoico

Tal como lo indica Miller (2004)

se configura ya una doctrina del Yo (Moi) donde se pone en evidencia que se constituye al mismo tiempo que el otro en su condición de intruso: el Yo es un intruso a igual título que el Otro en el drama de los celos y, en el fondo, la forma inversa de los celos es la sociabilidad, el secreto.

Es decir, que se revela el estatuto fundamentalmente paranoico del yo y que implica al hombre dividido por el semejante: "el narcisismo lacaniano es esencialmente un narcisismo dividido y alienado, que tiene por articulación fundamental la imposible identidad yo = yo" (Miller, 2004; p. 15)

Así, en la tesis 4 de *La agresividad en psicoanálisis* –"La agresividad es la tendencia correlativa de un modo de identificación que llamamos narcisista y que determina la estructura formal del yo del hombre y del registro de entidades característico de su mundo"–, es donde establece una clara analogía entre la paranoia y la constitución del yo: "se descubre ahí esa

estructura paranoica del yo que encuentra su análogo en las negaciones fundamentales puestas en relieve por Freud en los tres delirios de celos, de erotomanía y de interpretación” (Lacan, 1948; p. 118).

Resaltar esta característica paranoica del yo pone en tensión la posibilidad de establecer una distinción clara entre neurosis y psicosis a nivel de la constitución del hombre, por el contrario se mantiene una clara diferencia a nivel del síntoma. De esta manera esta clínica propuesta por Lacan en sus comienzos tiene afinidades con el último tramo de su enseñanza:

Podemos decir, leyéndolo desde mi punto de vista actual, que la segunda clínica de Lacan ya está allí presente, esa clínica que no se guía de manera unívoca a partir de la distinción psicosis / neurosis. Esta segunda clínica constituye una suerte de retorno a sus “Antecedentes”, puesto que sus consideraciones ponen en evidencia que la locura pertenece a la esencia del hombre. (Miller, 2004).

Por lo tanto, se podría establecer una cierta analogía entre esta “constitución paranoica del yo” en el hombre con la fórmula que nos da Lacan de “todo el mundo es loco, es decir, es delirante”. O cómo lo expresa Lacan años antes: “las primeras elecciones identificatorias del niño, elecciones “inocentes”, no determinan otra cosa, en efecto dejando aparte las patéticas “fijaciones” de la neurosis), que esa locura, gracias a la cual el hombre se cree un hombre” (Lacan, 1946; p. 185).

2. Conclusión

Lacan afirma que el conocimiento humano tiene la estructura de un conocimiento paranoico porque lo que el humano sabe de su yo lo localiza por fuera, en una imagen del doble que lo aliena. Que el deseo sea el deseo del otro responde a esta estructura descrita por Lacan.

La noción de transitivismo infantil es verificable en la situación del niño quien al golpear a otro niño, dice que es este quien lo ha golpeado a él, y no miente pues al encontrarse él identificado con el otro, el golpe dado es a la vez el golpe recibido.

Aquí es donde se suscribe la fórmula de que el yo es otro.

Lacan al tratar el tema la causalidad psíquica, encuentra la idea de que el concepto de identificación y la teoría del estadio del espejo y de la naturaleza y formación del yo, provienen de los estudios sobre la paranoia (8, p. 170). Esto es afirmar que para Lacan la identificación idealizante de la locura paranoica es la que proporciona el modelo del concepto de identificación, también para la constitución del yo en el estadio del espejo. De esta manera, Lacan rechaza la concepción del yo de los posfreudianos, que pusieron el acento en su carácter de síntesis funcional del organismo y de aliado terapéutico, y construye una teoría del yo cuya estructura responde a la función de desconocimiento, propia del conocimiento paranoico.

Lacan (1950) concibe el yo como un sistema central de identificaciones alienantes y, de este modo, toma distancia de la idea del yo como la síntesis armónica de las funciones, y también de la idea de que la perturbación mental sería una disolución de dicha síntesis. En la concepción lacaniana, el yo es una construcción que sirve al desconocimiento y que adviene al aparato



psíquico en un momento de total prematuración, o desamparo. El yo constituye una determinada forma de relación con el mundo que se instaura en la infancia temprana (en el estadio del espejo) pero nunca se elimina por completo. Su mecanismo instaurador es la identificación, considerada aquí por Lacan como la causalidad psíquica misma (p. 178).

La prematuración es sobre lo que se apoya la imago, lo visual en su carácter de anticipación generando una imagen unificada que le aporta al niño una unidad y una coordinación de las que en verdad carece. Esa imagen ideal le llega al bebé humano desde el otro semejante, y es a partir de la identificación con esa imagen del otro que surgirá el sentimiento de sí mismo. Es decir, que no habrá yo sin otro, por eso Lacan incluye una referencia a Hegel con la que intenta mostrar que sin la mediación del otro no existe la posibilidad de la constitución subjetiva. Esta imagen ideal formadora del yo actúa como un reaseguro frente al desamparo, y el yo guardará eternamente la función de desconocer aquello que lo determina, desconocer al otro que lo captura en esa alienación necesaria y constitutiva. De este modo Lacan revaloriza el concepto de *imago*, sede de tal captación identificatoria, que tiene por función instaurar en el ser una relación fundamental de su realidad con su organismo. Entonces, es el otro (soporte de la imago) quien inevitablemente se interpone, hace mediación, entre el sujeto (o el ser) y el mundo, e incluso entre el sujeto y su propia representación de sí (su yo) como parte del mundo. Esta mediación, de eficacia formadora sobre el yo, hace que aquél no sólo se represente a sí mismo como otro, sino que incluso desee como otro. De allí sus efectos iniciales de desconocimiento y alienación.

Lacan sitúa este desconocimiento a través de todo el abanico de los cuadros clínicos, atravesándolo. Se aplica tanto a la alucinación verbal, donde el sujeto no reconoce sus propias producciones en calidad de suyas, como en su análisis del caso de su tesis sobre la paranoia, la llamada Aimée, cuyo delirio idealizante también resulta tanto efecto como palanca del desconocimiento de su propia posición y de su contribución a los dramas de los que se experimenta como víctima, tendiendo en su conducta a realizar, sin reconocerlo, el mal mismo que denuncia. Para estos modos diferentes de la locura, vale la misma fórmula general: el sujeto no reconoce en el desorden del mundo la manifestación misma de su ser actual.

Lacan concibe, entonces, la función del yo como de desconocimiento del propio ser, y en consecuencia, de alienación. Llevada a su extremo, esa alienación es la locura (ya sea en la neurosis o en la psicosis). Y así pensada la locura como alienación extrema, dos características definen la identificación que la sostiene: la inmediatez y el estancamiento. La inmediatez se refiere a la ausencia de distancia respecto de la imagen ideal, es decir, a la infatuación. Y el estancamiento remite a la ausencia de dialéctica. Pues para Lacan la identificación es constitutiva del ser humano y del vínculo social, pero siempre que funcione a través de momentos, estadios dentro de la historia de la génesis mental del hombre. Mientras que las ideas delirantes se constituyen por estancamiento de uno de esos momentos o motivaciones (de envenenamiento, de maleficio, de influencia, de intrusión física, de robo, de perjuicio, de persecución, de difamación...).

A esta altura de la elaboración de Lacan, es el complejo de Edipo, y especialmente la función que allí recae sobre el padre, lo que permite superar esa alienación o, en todo caso, sus consecuencias enloquecedoras.

De este modo, el conocimiento paranoico conceptualiza en Lacan el palacio de espejismos que reinan en los limbos de ese mundo al que el Edipo hace hundirse en el olvido.

Referencias

Freud, S. (1914) Introducción del narcisismo. En Obras Completas, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1993.

Lacan, J. (1938). Los complejos familiares en la formación del individuo. En Otros escritos. Buenos Aires: Paidós, 2012.

_____ (1946). Acerca de la causalidad psíquica. En Escritos 1, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2015.

_____ (1948). La agresividad del psicoanálisis. En Escritos 1, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2015.

_____ (1949). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En Escritos 1. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2015.

_____ (1955). La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis. En Escritos 1. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2015.

_____ (1956-57). La Relación de Objeto. El Seminario, Libro 4. Buenos Aires: Paidós, 2018.

_____ (1957). El psicoanálisis y su enseñanza. En Escritos 1, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2015.

_____ (1962-63). La angustia. El Seminario, Libro 10. Buenos Aires: Paidós, 1990.

_____ (1966). La ciencia y la verdad. En Escritos 2. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2015.

Miller, J.-A. (2004). "Vida de Lacan", Inédito, 2010.

Godoy, C., (2004). "La paranoia en la enseñanza de Jacques Lacan". Lecciones inaugurales, N° 3, Bogotá: Editorial CID.